

ALBUM LITERARIO,

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Publicase los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Su precio es en Madrid 4 rs. al mes y 10 trimestre. Se suscribe en la redaccion, calle de la Encarnación, núm. 8, cto. principal, y en las librerías de la *Viuda de Vazquez é hijos*, calle ancha de San Bernardo, 17; en la de *Coesta, Mayor*, y en la de *Durán*, calle de la Victoria.
En provincias 14 rs. trimestre dirigiéndose á la redaccion y girando libranza de fácil cobro á favor de la misma ó en sellos de franqueo.

Breve reseña de la Literatura Española.

(Continuacion.)

En cuanto á poetas son célebres; en la bucólica Juan Boscán, no tanto por el mérito de sus escritos, aunque no le faltan, cuanto por ser el primero que mejoró la poesía y versificación. El malogrado Garcilaso de la Vega que fué con razon llamado por sus contemporáneos el *Cisne Español*, pues ciertamente tenia el talento de versificar; como lo demuestra lo acabado de la cancion de Nemoroso en la égloga primera y en algunos trozos de la segunda y tercera y muchas de sus canciones y sonetos. El Doctor Balbuena en su *siglo de oro*, aunque se le nota el defecto de hacer á sus pastores demasiado retóricos: el bachiller Francisco de la Torre en la *bucólica del Tajo*, cuyas poesías pastoriles, únicas que publicó, escribió con sencillez y novedad y á veces con bastante fuégo: con todo, su diction y sus versos suelen ser descuidados por la falta de corregirlos, que dicho sea de paso, se hallan en casi todos nuestros antiguos poetas, porque son pocos los que publicaron por sí sus composiciones, verificándolo despues de su muerte algunos amigos que las recogieron: Figueroa en el *Tirsi* y Jorge Montomayor y su continuador Gil Polo en su *Diana enamorada*. En la lirica fué célebre Fr. Luis de Leon, principalmente en la *Profecía del Tajo*, y en sus *noches serenas* donde dejó ver lo apacible de su alma bella y candorosa: la cancion de Bartolomé de Argensola á la *muerte del Rey D. Sebastian*: la de Fernando de Herrera al mismo asunto y á *D. Juan de Austria*: este célebre poeta es sin disputa el mejor lirico de su tiempo y ennobleció nuestra poesia lirica dándola un tono lleno

y robusto y á veces sentido y patético: Francisco de Rioja en sus *ruinas de Itálica*, donde deja ver el autor su imaginacion pintoresca, la amenidad y fluidez de su estilo, y sus sentimientos virtuosos y morales.

En la anacreóntica y epigramática, son modelo los sonetos y liras de Garcilaso, las traducciones de Marcial por Salinas, que compiten con el original, y las muchas composiciones del fecundísimo Lope de Vega, el cual fué, sin duda el mejor versificador de su época, pues parece nacido para hablar en verso, porque entretantos millares como compuso, apenas se encuentra uno que no sea corriente y se hallan infinitos sumamente felices; su versificacion es fácil, igual, llena, armoniosa y correcta. ¡Lástima que en vez de dedicarse solo á escribir, no dejase algun tiempo para revisar, corregir y castigar sus innumerables composiciones!

En la épica serán célebres la *Araucana* de Ercilla, por mas que criticos indigestos la juzguen sin piedad, pues aunque tiene en su plan algunos defectos, se hallan trozos modelos de sublimidad, y su lectura nunca desagradará por lo bien acabado del verso, lo nervioso y á veces florido del estilo y castizo del lenguaje; y el *Montserrat* de Virues, en el cual se hallan trozos dignos de ser imitados y que no desdican de los mas célebres autores épicos. El *Bernardo* del obispo Balbuena tiene tambien algunas bellezas, pero peca en difuso y pertenece mas bien á los libros de caballeria. La *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega, es un poema desproporcionado, sin regularidad, ni unidad de accion y solo brilla en él lo bello de la versificacion y demuestra la imaginacion fecunda del autor.

En la poesía dramática tenemos, *Las formas* de Lope de Rueda, célebres por ser el principio por donde nuestro teatro adquirió su desarrollo y celebridad; las tragedias de Lupericio de Argensola y de Bermudez; *El Agamenon vengado* del maestro Oliva; varios dramas de Guillen de Castro y Morales; las mil y tantas comedias y dramas del fecundísimo y nunca bastante admirado Lope de Vega, cuya variedad, lancees é inspirados desenlaces, junto á la amenidad del estilo y versificación hermosa, nos admira y encanta; y los muchos también del maestro Tirso de Molina, cuyo mayor defecto fué solo el retratarnos fielmente las costumbres licenciosas de su tiempo. Además hay otros varios autores como Juan de la Cueva, Virnes y otros, pero quedaron oscurecidos ante el genio de Lope de Vega.

(Se continuará.)

Jose GARCIA FLORES.

Rápida ojeada sobre la historia de la economía política.

(Continuación.)

Uno de los medios con que cuentan las ciencias para progresar es el de conocer y examinar los diversos sistemas que desde su origen han prevalecido en ellas; el estudio de esos diversos sistemas, constituye la historia de la ciencia. Pero la necesidad de este estudio no se deja sentir hasta que contando la ciencia con alguna duración, ha podido presentarse bajo varios aspectos, ejerciendo su influencia en cada uno de ellos. Esto que en todas se verifica, tiene también lugar en la que nos ocupa de un modo muy especial. Poco tiempo cuenta de existencia la ciencia económica, mas en verdad, pocas serán las ciencias que en tan corto espacio de tiempo hayan ensayado tantos sistemas, puesto en práctica principios de diferente índole, presentado teorías de diversa naturaleza, y en presencia de hechos tan numerosos y variados que han ejercido un grande influjo en la vida de los pueblos, se siente la necesidad de reunirlos, agruparlos, clasificarlos y compararlos ya entre sí, ya con relación á los que les han precedido. Llegado á ese estado de confusión, el espíritu humano, como perdido en medio de tan opuestas direcciones, necesita hacer un descanso para reconocerse, apreciar sus progresos y hacerse cargo de sus errores. Solo de este modo puede continuar su marcha con paso firme, abrazando de una sola mirada todos los caminos que ha andado.

¿Cómo se conseguirá esto? Por medio de la historia; la cual nos presentará como en un cuadro todas las doctrinas económicas, que por su importancia han

dejado alguna huella al través de los tiempos, dando dirección, é imprimiendo algun carácter en la ciencia.

La historia es solo la que, con sus luces, puede esclarecer muchas cuestiones, fijar mejor los principios económicos, y resolver importantes problemas sociales; no es solo un estudio de mera curiosidad, sino que afecta directamente á la inteligencia del hombre.

En cualquiera ciencia y muy particularmente en la que nos ocupa, que es una de las que están basadas en la observación, y el raciocinio, constituyendo su principal fundamento el influjo de los hechos exteriores, hay una acción reciproca y constante entre el mundo exterior y la ciencia, entre las doctrinas y los hechos, y por consiguiente, solo la historia puede darnos á conocer cuál ha sido en las diversas épocas la justa medida de esa acción reciproca, lo que la ciencia ha debido á las circunstancias y al poder creador del espíritu humano, lo que ha tomado del mundo exterior y lo que ha sido obra de sí misma. Tan cierto es esto, que recorriendo las páginas de la historia, vemos que todas las grandes doctrinas, tanto políticas como económicas, son debidas á los hechos é instituciones de la época en que se formularon. ¿Qué es la república de Platon, sino un modelo de las instituciones políticas de Esparta? ¿Que significa la primera escuela económica, llamada *mercantil* ó de la *balanza*, sino la expresión del estado económico y de las ideas que dominaban en la época en que tuvo su origen?

Dos órdenes de hechos deben apreciarse al estudiar la historia de la economía política: los hechos generales, constantes, necesarios, que no pueden, menos de presentarse de un modo uniforme, sin alterar los elementos constitutivos de nuestra naturaleza; y los hechos variables y particulares, que pueden existir ó no, que en unas partes se presentan y en otras no, que pueden desaparecer, durar mas ó menos tiempo, y reproducirse bajo distintos aspectos, según las circunstancias. Los primeros forman ese conjunto de principios que constituyen la ciencia económica; los segundos, si bien no les es dado alterar las bases sobre que descansa la ciencia, pueden modificarlas en cuanto á la parte de aplicación. Si estudiáramos la historia bajo el primero de los dos aspectos, sin apreciar para nada las circunstancias ya morales, ya políticas ó de cualquier otro género, de la época de que tratáramos, nuestro trabajo seria imperfecto; esa rigidez en los principios, lejos de hacer progresar la ciencia, contribuiría á su retroceso, ó por lo menos haria que permaneciese estacionaria. Los hechos variables y amovibles, si bien modifican y amoldan á las circunstancias los principios, no por eso los destruyen; al contrario, ponen á la ciencia en el camino del progreso. Si por la inversa, estudiáramos la historia bajo el prisma de esos hechos amovibles, entonces nuestro estudio no seria científico, porque las ciencias nunca cambian de principios, atendido á las circunstancias y épocas diferentes; solo los ponen en consonancia y armonía con la época.

Así pues; para apreciar un hecho económico cual-

quiera, deberemos ante todo fijarnos en los principios que la ciencia tiene imaginado relativamente al asunto de que se trate; y á la luz de esos principios lo analizaremos en todas sus fases atendiendo á la época en que sucedió, al estado de cultura del pueblo en que tuvo lugar, á sus instituciones sociales, políticas y económicas, á las causas que le produjeron y los resultados que dió; y después de habernos hecho cargo de estas y otras muchas circunstancias, veremos si el hecho que es objeto de nuestras investigaciones, se ajusta ó nó á los principios de la ciencia, á que puede atribuirse el que no guarda conformidad con ellos, si es efecto de su mala inteligencia ó aplicación, etc.; proceder otro modo sería no llenar la misión del historiador, saltar á la imparcialidad, que es el norte que nos ha de dirigir en todas nuestras investigaciones.

(Se continuará.)

Suscriptor,

JOSE MARIA SALETA.

LA NOCHE.

FRAGMENTOS DE UNA NOVELA.

Era una tarde calurosa del estío, y rendido por la fatiga me habia sentado delante de mi mesa á revolver mis poesias y demás papeles, cuando me hallé con una pequeña disertacion sobre la noche. Como en aquellos momentos estaba sumamente fatigado y solo podia desear descanso, me determiné á leerla; decia así:

«Cuando el astro del dia ha desaparecido, ya la noche viene á sorprender nuestra vida y todos la rendimos homenaje; bajo su oscuro manto se pierden las escenas de placer que embriagan el corazon humano, y en la densidad de sus tinieblas busca el asesino á su víctima sin temor de ser descubiertos.

«Las escenas mas repugnantes tienen lugar á esa hora en que hasta el mismo firmamento, cubierto de un denso se oculta á nuestras miradas; de noche el hombre de bien duerme en el seno de su familia; el malvado prepara sus astutas redes, y es el tiempo oportuno para sus artificios.» Esta disertacion estaba de mi letra, y probablemente la habré escrito yo, pero entonces mi corta edad no me habria permitido conocer las ventajas de una noche de verano; entonces no habia visto todavía el hermoso cielo de Andalucía, tachonado de brillantes estrellas, ni habia sentido los impulsos del amor. Ahora ya estaba en disposicion de comprender todo esto, y maquinadamente me dirigí al balcon, que pocos momentos antes habia abierto para admirar la belleza de la tarde. Entonces el sol se escondia en el Occidente, teniendo las nubes que hasta allí le habian acompañado, de ese color de púrpura que tanto nos deleita: las flores mecidas por una suave brisa, se inclinaban graciosamente para despedir al compañero de su infancia, al que habia presenciado su nacimiento, y probablemente veria madurar el

último de sus pétalos. Los pájaros repelían sus armoniosos trinos, y el campo presentaba nuevos matices con la luz opaca que el sol les enviaba desde el Occaso. Entonces la naturaleza estaba llena de vida y de hermosura.

¡Qué distinto aspecto el de la noche! El cielo habia perdido su transparente azul tiñéndose de otro color mas intenso que le daba un tinte melancólico; y la luna se asomaba al través de una nubecilla, como la tímida doncella que hecha un blanco velo sobre su rostro para que no pueda distinguirse el carmesi de sus mejillas; las estrellas brillaban con intensidad á su alrededor como si esperasen su salida, y algunas se corrían de su sitio dejando detras de si una ráfaga luminosa; los campos habian perdido sus verdes matices y los pájaros retirados en sus pequeños nidos se entregaban á su sueño dulce y apacible; las flores habian cerrado ya sus hermosas corolas y quedaban adormecidas hasta que el rocío de la mañana viniese á despertarlas: á esta hora no se oían los trinos de los pájaros ni los ladridos de los perros que acompañan á los cazadores; á esa hora solo se escucha el grato susurro de las hojas de los árboles que movidas por una fresca brisa se mecian en el espacio, ó el murmullo del claro arroyuelo que se deslizaba fugitivamente entre las flores mientras la luna le alumbraba en su carrera. ¡Qué diferente aspecto tenían todos los objetos de cuando por la tarde los habia contemplado llenos de sol! Entonces todo respiraba vida y alegría, ahora la naturaleza estaba dormida, pero no por eso dejaba de ser menos bella. Aquella quietud, aquel agradable recogimiento elevaban el alma á Dios, y entonces como por encanto varió de modo de pensar.

Yo habia escrito en contra de la noche porque con su negro velo venia á cubrir una multitud de miserias y delitos, de ese velo oscuro no habia visto al angel de la luz sonreír de felicidad y de ventura. El sol es un manantial de luz y de alegría, es cierto; pero las estrellas, dice lord Reyrou, son una poesia brillante que el Eterno ha delineado sobre la frente de los cielos.

La inmortalidad del alma se revela con mas claridad en las sombras y la inmensidad de los espacios, la vasta extensión del horizonte todo aparece mas grande porque se halla separado de la humanidad. De noche es cuando el mortal descansa de sus fatigas y cuando el jornalero ebrio de felicidad abraza á sus hijos; en ese tiempo no existen dolores porque el sueño ocupándonos agradablemente nos traslada á esos sitios encantadores de que la mitologia nos hace mencion. De noche vino nuestro Señor Jesucristo á redimirnos del pecado y de noche suelen realizarse concepciones mas grandiosas. Y de noche sale el pobre que durante el dia se oculta vergonzosamente de sus semejantes, para pedir á la lánguida luz de las estrellas la limosna que Dios recomienda al cristiano: en fin, inútil sería proseguir enumerando las ventajas de una noche serena y apacible, de esas horas que se trascurren insensiblemente y que se sienten mejor que pue-

den explicarse; horas dichas que hicieron llorar á Reyron y que debemos considerar como las mejores de nuestra vida.

GREGORIO DE PEROGORDO Y R.

UNA REUNION DE FAMILIA.

Serian las nueve de una noche de invierno, y retirado yo en mi casa, ojeaba los libros para que mis patronos creyeran que estudiaba, cuando entró mi amigo y condiscipulo Ramon en mi cuarto, y arrojándose en mi cama como tenia de costumbre:

—Vistete pronto, me dijo, que nos vamos ahora mismo de baile.

—Pero hombre, le contesté, si sabes que el frac le tengo empeñado...

—No importa; ya me ves á mí, decente... y nada mas; ponte la levita y prontito, que ya es tarde.

—Quisiera complacerte, pero ya ves que las botas se me descosen...

—Pues te pones los zapatos. No repliques mas, es un baile sin etiqueta, que tiene lugar todos los domingos en casa de mi vecino D Juan. Allí se baila, se juega y se divierte la gente. *Es una reunion íntima de familia.*

—Siendo como dices, voy á vestirme con los trapiques que no tengo en la prendería, y te acompañaré.

Mientras yo me ponía mis zapatos, cepillaba mi pantalon y raída levita, y teñía con tinta las muchas calvas que por su estremada vejez mostraba mi sombrero. Ramon no cesaba de repetirme:

—Mira, chico, la noche va á ser divertida. Van muy lindas niñas, y sobre todo, diré cuatro chicleos á Manolita, la hija de la casa. ¡Vaya! daré un mal rato al estremeño que la obsequia.

Salimos de mi casa y marchamos alegres y contentos á la de D. Juan. Era este un modesto empleado que podia ahorrar lo suficiente para gastar los dias festivos el aceite que necesitaba un quinqué que alumbraba la sala de baile. Su esposa Doña Teresa, era la que habia creído conveniente hacer este pequeño gasto, porque hallándose con una hija joven, deseaba, como generalmente desean las madres, casarla por tres razones; primera, por aborrarse gastos y cuidados que como buena madre la causaba su hija; segunda, porque no la agradaba tener á su lado un testigo que declarase con su presencia su edad; tercera, en fin, porque conociendo que su hija no tenia vocacion de monja, era preciso buscarla un marido. Para lograrlo, era indispensable que fuese admirada la hermosura de su hija; y como sus posibles no alcanzaban para abonarse á un teatro ó á una sociedad de baile, creyó, con mucha razon, era lo

mas conveniente establecer en su casa una tertulia, ó como entonces se decia una reunion íntima de familia. Con este objeto, se puso en relaciones con otras amigas que se hallaban en igualdad de circunstancias, y bien pronto concurrieron algunos jóvenes, que con la frecuencia del trato, cayeron en el anzuelo. Un estremeño, que se hallaba concluyendo la carrera de medicina, tuvo la humorada de enamorarse de Manolita; sus amores no pudieron ocultarse á los ojos de lince de la madre, y viendo que era esta boda conveniente á su hija, se dió una buena maña, y dispuso de tal modo las cosas, que el pobre joven no tuvo otro remedio que declararse á los padres, y desde entonces fué ya tratado como individuo de la familia.

Cuando Ramon y yo llegamos á casa de D Juan, habia ya reunidas en la sala seis ú ocho niñas conversando con otros tantos jóvenes, mientras las mamás hablaban entre si sentadas al lado opuesto. Presentados á la señora de la casa, fuimos recibidos con muestras inequívocas de agrado. Al separarnos de allí paseamos nuestra vista por la sala, y como cada niña tenia su novio al lado, nos vimos obligados á permanecer con las mamás, hablando de cosas indiferentes, ó escuchar á D. Juan los servicios prestados en su carrera de empleado á la patria, y lo mal recompensados que habian sido por todos los gobiernos. En esto, púsose Manolita al piano, y las demás parejas en baile. Ramon y yo permaneciamos de meros espectadores, y cumpliendo á la vez con una regla de educacion, dimos una vuelta con las señoras de cuarenta. El estremeño acompañó al piano á su futura.

Despues de bailar un rato, volvimos á encontrarnos en la misma posicion que antes. Queriendo doña Teresa que, su yerno en pelear, luciese ante nosotros su habilidad, le suplicó tocase un Wals en la guitarra para que prosiguiera el baile mientras su hija descansaba. Tomando el estremeño la vihuela, condescendió á las reiteradas súplicas de la reunion: entonces Ramon se dirigió á Manolita y salió á walsar con ella. No gustó mucho esto á su amante, y tanto menos cuanto creyó advertir algunas señales de intimidacion en la nueva pareja. Esto fué causa de que cesase el baile cuando mas animado estaba, dejando de tocar el guitarrista, á causa, segun dijo, de haber saltado y roto la prima de la guitarra.

Mas Ramon era hombre que no dejaba pasar la ocasion cuando una vez se le presentaba, y sin hacer caso de las feroces miradas que de vez en cuando le dirigia el estremeño, se sentó al lado de su pareja prosiguiendo la conversacion empezada.

El celoso amante empezó á pasearse precipitadamente por la sala; tropezaba en todas partes y

andando como un loco derribaba los muebles que hallaba al paso. Ramon ni por esas, proseguia impavido ocupando el puesto que la fortuna le depa-
r6. Doña Teresa no cesaba de hacer señas á su hija para que se retirase de alli y no irritase mas la bilis de su novio, pero la niña cual sino la viera mal-
dito el caso que la hacia.

Adquiriendo cada vez mayor fuerza los celos del amante extremeño aumentaban su cólera hasta un extremo inexplicable; su torva mirada no se apartaba de Ramon y su pareja, y yo que lo observaba conocia que alguna escena desagradable iba á tener pronto lugar. Repentinamente detuvo su paseo frente á ellos; dudó y vaciló un momento, pero impeli-
do de pronto por un movimiento de cólera, se acercó á ellos y aproximándose á Ramon le dijo al oido con voz balbuciente de ira.

—Caballero, desearia hablar con V. una palabra—

—Puede V. decirme cuando guste, contestó Ramon

—Es preciso que sea á solas; haced el favor de acompañarme á la antesala.

—Perdonad, porque ahora no puede ser; dentro de un rato estaré á vuestra disposicion.

—Necesito que sea ahora mismo.

—Os repito que no puedo ser; estoy como veis con esta amable señorita y no puedo suspender la conversacion que tengo pendiente

—Pues yo os digo, que la suspendereis; salid— y al decirlo, le cojió del cuello de la levita como para llevarle á que le siguiera.

—Soltad; dijo algo incomodado Ramon; por que si no mirará el sitio donde nos hallamos, otra fuera mi respuesta; os digo que en concluyendo la conversacion pendiente os seguiré donde gustéis, con tanto mas gusto, cuanto mayor creo el insulto que ahora me habeis hecho.

—Pues bien, dejémonos de contemplaciones y rodeos; lo que deseo es que no obsequieis á esa señorita y desocupeis ese asiento que me pertenece.

—¿Sois por ventura su esposo?

—Nada os importa eso; de grado ó por fuerza habeis de dejar esa silla.

—No reconozco en V. derecho para ello.

¿No? grito furioso el extremeño pues ahora lo vereis.

Mientras que los demás contertulios entretenidos en dulces amorosos coloquios no habian parado la atencion en lo que en aquel lado de la sala sucedia no habia pasado nada desapercibido para mí; todo lo habia observado y asi es que cuando el extremeño alzó la voz me levanté y apresurado me diriji con intencion de apaciguarlos á donde Ramon se hallaba. Llegué afortunadamente tan á tiempo que

cuando el amante celoso enfurecido ya y sin reparar en el escándalo que daba; levantó en alto la guitarra, para descargar su golpe en la cabeza de mi amigo, pude detener su brazo; pero no asi el golpe, que por fortuna mi movimiento le hizo variar de direccion y fue á dar en el quinqué que estaba sobre la mesa, haciéndose mil pedazos la guitarra, rodando el quinqué por la sala y quedándonos como es natural á oscuras. Entonces fue la confusion y griteria; las mamás llamaban á sus hijas y las buscaban en la oscuridad, y estas buscando á sus madres solian por equivocacion abrazarse con sus amantes, que felices con tales casualidades hubieran deseado se prolongase la oscuridad por mas tiempo. Pero D. Juan tardó poco en encender un be-
lon y presentarse con el en la sala. Repuestos ya un tanto, todos preguntaban la causa ó motivo de lo sucedido. Ramon y el extremeño se dirijian miradas de odio y venganza, y ya Manolita se guarecia al lado de su mamá.

—Señores dijo al fin el extremeño, yo he sido el culpable de todo lo ocurrido; he creido tener motivos para ello; aun ahora lo creo y no puedo permanecer mas en este sitio mientras.... y su mirada se dirijió amenazadora á Ramon... En fin me retiro, y se dirijió á tomar su sombrero.

—Estate quieto, Frasquito, dijo D.^a Teresa, y atiende á razones: es cierto te has incomodado mas que debieras por una bagatela; pero tu no puedes salir asi de mi casa; ¿qué se diria! en visperas de casarte con Manolita, que tanto te quiere! ¡yo se lo que debemos hacer.—Y dirigiéndose entonces á Ramon y á mí que reunidos permaneciamos solos á un lado de la sala—Caballeros; añadió, nunca se ha turbado la paz en esta reunion hasta que Vds. han venido: asi que les suplico tengan la bondad de retirarse, pues es el único medio de concluir este desagradable negocio, y se convencerá Frasquito. no tiene Manolita interés particular ni relacion con ninguno de Vds.

—Eso es decir; contesté yo, llevándome á Ramon del brazo y ya á la puerta de la sala—¿que nos ponéis de patitas en la calle?

—Nada de eso, solo os invita mi esposa á que salgan Vds. replicó el marido abriéndonos la puerta.

Y nosotros sin saber como, nos hallamos en la calle, confusos, avergonzados y coléricos con lo ocurrido, y lo que fue peor, con nuestras levitas llenas de aceite merced al guitarrazo que el extremeño dió al quinqué. Desde entonces juré no volver á asistir mas á otra reunion de familia.

José GARCIA FLORES.

¡YA ERA TARDE!!!

Acababa de acompañar á su última morada los restos mortales de D. Cornelio Picatoste. Celibato en su juventud, habia cometido el desatino de contraer esponsales en su edad madura con la joven señorita... Desgraciadamente, ya fuese á consecuencia de su nuevo género de vida, ó ya por su avanzada edad, lo cierto es, que á los dos años tuvo su joven esposa el sentimiento de perderle, quedando por heredera de 50,000 duros, gracias al solícito esmero que mostró en la asistencia del difunto.

«He aquí, me decía yo volviendo á mi casa, un buen bocado para mí; una viudita de veinte años, rica, bella y graciosa; ciertamente era la que me convenia. ¿Y por qué no puedo yo lograr su mano y sus talegos? Muchos, en verdad, seremos los pretendientes á esta canonjia; pero no es difícil sea yo el preferido. En vida de D. Cornelio siempre se me mostró risueña y complaciente: además yo soy joven, y aun cuando mis rentas no están muy bien desempeñadas, tengo buenas relaciones... Ultimamente, á quien madrugó Dios le ayuda, y á quien se embarca, etc.»

Discurriendo de este modo, me convencí prontamente de la utilidad que me reportaria el unirme con la viudita y la posibilidad de atrapar sus talegos. Y como mi maldito genio no admite dilaciones y soy partidario de los golpes exabrupto, me dirigí reclamente á la casa mortuoria decidido á no dejar escapar la primera ocasion que se presentase para insinuarme en el ánimo de la viuda. No tardé mucho en llegar, hallándola rodeada de algunos amigos, que con sus impertinencias trataban de consolarla en su soledad.

—¡A y D. Juan! me dijo deshecha en lágrimas al verme, ya se fué mi bien, mi apoyo, mi consuelo. ¡Pobre de mí! ¡Cuán poco ha querido el Señor disfrute de su compañía y de sus consejos! ¡Qué será ahora de mí? Y siguieron á esta mil exclamaciones entrecortadas por los suspiros y lágrimas.

Acerquémeme entonces á su lado y jamás me pareció muger alguna mas hermosa, aun que podia ser por mirarla yo rodeada de talegos. La ocasion era la única, y así haciendo un esfuerzo sobre mi mismo, la dije:

—Querida amiga, bien conozco lo grande de vuestras desgracias, mas con todo era un golpe que en la avanzada edad de vuestro esposo no podia tardar en afligir: además sois jóven, rica y hermosa, y con tales circunstancias bien podeis encontrar alguna persona que ocupe vuestro corazon haciendo llevadera la soledad. ¡Cuán dichoso fuera yo si el dia en que os casase algun vagar vuestro sentimiento,

os dignaseis poner vuestros radiantes ojos en mí!

—Amigo mio, me dijo suspirando, lo siento infinito, pero... ¡ay, Cornelio mio! ¡Ay esposo querido!

—¿Pero qué? la dije prontamente.

—Pero ¡llegais ya tarde!!! contestó la hermosa viuda.

Y hacia veinte y cuatro horas habia muerto su marido.

JOSE GARCIA FLORES.

DE UNA COLECCION INEDITA DE ROMANCES HISTÓRICOS MORISCOS.

EL FARADI JUZEF.

ROMANCE II.

(Continuacion.)

Grande confusion se nota
Allá dentro en Jalubania,
Dó el buen Juzef se entretiene
Del ajedrez á la tablas.

Que el rey Muhamad su cabeza
Ha pedido se le traya:
Dos horas solo de plazo
Son al arraiz acordadas.

Unos dicen que es forzoso,
Otros que es accion tirana:
Urge el arraiz in obediencia,
Temblando el alcaide estaba.

Nadie á Juzef dalle quiere
Parte de la nueva aciaga,
Todo el castillo es rumores,
Turbacion, ayess, plegarias,
«¿Qué es eso,? mi buen alcaide,
Digadesme lo que pasa:
Que manda el rey, me decid.
No me ocultedes palabra.

Si el rey trata de mi muerte,
Por merced solo os rogára
Tiempo de ver mis doncellas,
Y mandalles mis alhajas.»

Pesaroso está el alcaide,
Porque el arraiz le demanda
No puede otorgar, que el tiempo
Tan tasado se lo embarga.

«Pues al menos acabemos
El juego sobre las tablas,
Y terminaré perdiendo
La partida comenzada.»

Tornan al juego, y de Hamete
La turbacion era tanta,
Que sin saber lo que hacia,
Jugaba las piezas falsas.

(Se continuará.)

DOMINGO RUIZ DE LA VEGA.

VIGILIA.

Huid tristes visiones, fantasmas de la noche,
 Si espíritu os detesta, maldiceos mi voz,
 Vuestro negro paso, dejásteis en un lecho
 Levuelta una cabeza, prensado un corazón.

No mas sueño, despierto, vuestro traidor influje
 Vuestros mundos mentidos podré desafiar;
 Sentado ante mi mesa me está viendo la noche
 Sentado ante mi mesa el alba me verá.

Pasad ante otros ojos vuestras horribles formas
 Que el vértigo agiganta y vela en turbio tál,
 Los míos entre tanto cruzando por las nubes,
 Abarcarán las leguas en el espacio azul.

Los cantos de las aves imitará mi acento,
 Del agua de la fuente el blando susurrar,
 Los ecos melodiosos, dulcísimos, del viento,
 El hervor de la espuma del irritado mar.

Tesoros celestiales de mágica armonía,
 Acentos misteriosos que vais del aura en pos;
 En vano es que os imite la pobre pluma mía,
 Jamás imita el hombre lo que creó su Dios.

En vano de la enramada fugiera ruiseñores,
 Vistiera de esmeraldas los escarpados montes,
 Y donde no germinan hiciera brotar flores
 Y viera nacarados los negros horizontes.

En vano de la tierra en las entrañas huecas
 Quisiera hallar mi alma el Sol que ya lució,
 La noche esta callada, las fuentes están secas,
 El mundo está dormido, y solo y triste yo.

Inmensa soledad, la débil brisa
 Que de tierra lejana
 Viene a posar sus alas en mi frente,
 Fina como la arena
 Que el simoun arrebató en el desierto;
 Ni aun el tañido trae de una campana
 Que cuando escribo doble por un muerto.

Solo estoy: mis pesares
 Marchan hácia el pasado caminando,
 Y un activo reloj que cerca suena,
 Y vá el tiempo midiendo,
 Mientras vá envejeciendo,
 Momentos de vivir me vá quitando.
 Que continuado afán: hora tras hora
 El tiempo sin cesar se precipita,
 El instante de ahora
 Acaba de morir cuando ha nacido
 Y otros cien y otros mil van de partida
 Desde la flor lozana de la vida
 Hasta la inmensa tumba del olvido.

¡Pobre de aquel que en su última congoja
 Nada tiene en el mundo que le quiera,
 Cuando vierta su lágrima postrera
 La eternidad será quien la recoja!
 Tiempo no corras mas; que tu carrera
 Harto injusta me ha sido
 Con usura has cobrado
 De un pobre corazón que joven era,

Por la triste experiencia que ha ganado
 Los dulcísimos sueños que ha perdido.

Noche: los velos negros de tu manto
 Tu fría oscuridad, tu triste calma
 Han flujido un cendal de vapor santo
 Dentro del cual envolveré mi alma,
 Oye, Señor, mi canto,

Y si mi pobre voz alza su vuelo
 Y llega reverente
 Al través de ese azul tan trasparente
 Tras el cual hay un cielo;
 Si mi acento apagado
 Y ante tu luz eterna confundido,
 Sube al pié de tu trono inmaculado
 De resplandor y gloria rodeado
 Del éter suspendido;
 Escucha la plegaria
 Que te dirige un alma solitaria.

Tú a los vientos dás leyes, distribuyes
 Las nubes apiñadas
 Y entorpeces el curso de los ríos
 Para pintar con fuego
 Los colores del prisma en sus cascadas:
 Las peñas se derrumban,
 Al desearlo tú, los montes crecen,
 Los huracanes callan,
 Los ámbitos del orbe se estremecen,
 Los volcanes estallan,
 Lleva en chispas rayos
 Y el son de el trueno que el pavor aumenta
 En su vientre de fuego la tormenta.

Tu al corderillo humilde
 Que ha nacido en el prado,
 De espesa y blanca lana le cubriste;
 Si no le diste fuerza
 Para seguir los pasos de su madre,
 Los fuertes brazos del pastor le diste,
 Y en ellos cobijado
 Vá hasta el redil balando,
 Mientras fija la oveja
 Al lado del pastor, le vá mirando
 Y el mismo eres Señor, desde tu altura
 Vé a un ser que triste llora
 Añade a la expresión con que te mira
 La fé, la gratitud con que te adora;
 Y si al torrente corro de la vida
 Y me llevo a perder en el torrente,
 Soplo será el recuerdo de esta noche
 Que apartará su cieno de mi frente.

Señor mi fé te vé, de tu martirio
 Sedienta mi memoria,
 Con pena fija con dolor profundo,
 Las páginas conserva de tu historia.
 Oigo rugir un pueblo, veo una lauzo
 Dejar tu carne rota
 Y espanto dá la sangre
 Que salpica tu herida gota a gota;
 Espantó, los que así la derramaron
 Hermanos míos fueron,

Reptiles que en la altura hicieron nidos,
 Fieras con cuya vista no se via,
 No blandaban su pecho tus quejidos,
 Y el Gólgota al oírlos se rompía.
 Yo te adoro señor, en todo veo
 El sello de tu mano,
 Todo publica tu poder eterno,
 Con sus ardientes Soles el verano,
 Con sus rugosos frios el invierno.
 Tú que do quier acorres
 De Adán la raza ingrata,
 Si al pie del Sacerdote, arrepentida,
 El espeso tejido de su vida
 Penitente desata;
 Duélate la amargura
 De un ser que invoca ante tus santas huellas,
 Ese nombre infinito,
 Que con mundos de estrellas,
 En el inmenso espacio se halla escrito.
 ¡Ah!, duélate, Señor, y si mi hora
 Ha de sonar mas tarde, si mi juicio
 Ha de llegar cuando mi miedo aumente,
 Dá á mi vejez de gloria tus destellos,
 Manda tu bendicion sobre mi frente,
 En la nieve que cubra mis cabellos.

ENRIQUE MARIA GRANES.

Á LA MUERTE.

¡Por qué mi vida siegas, muerte impia,
 Y en un punto me arrojas al olvido?
 ¡Por qué aquel de quien fui siempre querido
 Huye espantado de mi tumba fria?
 ¡Acaso tu aspecto le horroriza?
 ¡Acaso tu guadaña no le deja,
 Exalar una lágrima, una queja,
 En donde solo yace mi ceniza?
 ¡Ah! presa soy de tu furiosa saña
 Y el mundo lo será sin duda alguna,
 El hombre morirá, se acabara su cuna,
 Y victima será de tu guadaña.
 Temrase de sangre el Oceano,
 Sangre vertida por tu mano impura,
 Resistirase el mundo y... ¡Oh locura!
 Su esfuerzo será inútil, será en vano.
 Que tu fuerza será mas poderosa,
 Que tu soplo encenderá la hoguera
 Donde la humanidad y el mundo muera,
 En la desolacion mas espantosa.
 Y el orbe entero en brasa convertido
 Testimonio dará de tu victoria,
 Todo campo será de tu gran gloria,
 Pero... ¡qué habrás al cabo conseguido?

LEIS DE MONTAVO Y J.

ESPECTÁCULOS.

Cinco. Con el mayor gusto tomamos la pluma en este día para anunciar las piezas que se han representado en este coliseo tan justamente acreditado. Ha desechado por completo los arreglos reemplazándolos por variadas comedias de nuestro teatro tanto antiguo como moderno.

Hemos visto puestas en escena sucesivamente

Entre bobas anda el juego, La Villana de Valdecas, El desden con el desden, y finalmente la magnífica comedia de nuestro célebre Moratin El sí de las niñas, que el público ha recibido con muestras inequívocas de agrado.

Está última ha sido ejecutada con toda perfeccion por parte de Arjona y de la Campos, y regularmente por la de los demás actores, que llamados á las tablas merecieron del público los mas entusiastas aplausos.

Esta noche tendrá lugar la primera representacion de *Un sí y un no*, original de nuestro distinguido escritor Sr. Harzenbusch.

Jovellanos. Escogidas y variadas zarzuelas se han puesto en escena en este teatro. Despues de Catalina se han representado *El diablo en el poder, El relámpago y los Magyares*, que han sido bien recibidas. Anuncia que á la mayor brevedad se verificará *Una tempestad en América*, obra musical del autor de la *Batalla de Inkerman*.

Con el título de *La Reina Topacio* se ha presentado á la empresa de este teatro una traduccion del francés, cuya musica es de un joven escolar de Valladolid. No es esta su primera composicion pues entre otras recordamos *La Batalla de Vicarvaro, Los Ecos*, y varias, sobre aires nacionales para orquesta. En un concierto dado por dicho señor en union de otros jóvenes en el teatro de Valladolid, ejecutó al piano sus originales siguientes: *Dos nocturnos El canto del ruiseñor y Un suspiro*; gran Wals titulado *recuerdos de un viaje*, y una composicion escrita en muy pocos dias y para dicha funcion, ejecutada á seis pianos, vasada en aires así americanos como nacionales de muy buen efecto y mucha novedad.

Deseariamos que se admitiese esta nueva produccion para que de ese modo callasen los que dicen que no se aprueban otras que las de autores determinados. Hemos oido algunas piezas de dicha zarzuela, y no dudamos obtendrá un éxito brillante.

Príncipe. La compañía de este teatro parece que se ha disuelto por ahora, á causa de haber quedado en suspenso la empresa que estaba á su frente. Desde que el Sr. Diaz le tomó á su cargo ha reinado en él una mala direccion y falta de formalidad, deploramos este accidente que á tantos intereses particulares perjudica, pero ya hace tiempo le veiamos acercarse aunque no de un modo tan lástimoso.

Real. Entre las óperas que últimamente hemos visto en este teatro, merecen citarse especialmente *La Norma* que indudablemente hubiera alcanzado el brillante éxito que el año anterior á no estar tan reciente el grato recuerdo de la *Penco*, que desempeñó el mismo papel. Es un absurdo creer, como algunos, que no se ha cantado nunca con el agrado de perfeccion que este año, pues para convencerse de lo contrario basta comparar los cuantiosos productos que reportó á la caja de este teatro la temporada pasada, y el enfriamiento del público en estas últimas representaciones.

La sonámbula á pesar de los esfuerzos de la Parepa y Badiali no ha podido representarse por segunda vez: nuestros lectores juzgarán por esto de ella.

Tenemos entendido que despues de los *Hugonotes* se representará la *Fiosina*. Se hacen grandes preparativos para estrenar el baile de gran espectáculo titulado *Fonti*.

La falta de espacio nos impide estendernos en la revista de este teatro.

FRANCISCO QUIROGA DE BARCIA.

El editor responsable, ANTONIO NEVALOS.

MADRID:—Imprenta y librería de la viuda de Vazquez é hijos.
 Ancha de S. Bernardo, 17.